

había dicho á Robespierre que el emperador no haría la guerra si ellos se mostraban decididos, y la guerra no se hacía. Los brisotinos, pues, habían anulado á Robespierre. La Gironda á la que se habían unido Roland y su mujer y los brisotinos, hé aquí quienes eran los que ahora iban á dirigir la marcha de la revolución.

Comprendían los girondinos de sobras esta responsabilidad, y nosotros volvemos gustosos á Sybel que con gran lealtad confiesa que «de no avanzar la Gironda debía temer el quedar aislada.» Esto es lo que francamente expuso Isnard á la Asamblea el 5 de Enero: «No se trata para nosotros,—dijo,—ni de la restauración del antiguo régimen ni del establecimiento de la república, pues los mismos partidarios de esta restauración conocen su imposibilidad, y los republicanos son tan pocos que apenas forman un partido. Pero en frente de verdaderos patriotas, de ardientes amigos de la libertad y de la igualdad, se levanta la masa de los moderados, que aman la Constitución, sin duda, pero que á todo

prefieren su bienestar. El tema de la anarquía les aleja de los verdaderos patriotas y los arroja en brazos de los falsos moderados, los más peligrosos de todos, de los ricos, de los egoístas, de los enemigos de la igualdad. Nosotros, pues, combatimos por la salvación ó por la ruína de la igualdad.»

«Robespierre y Marat, los gorros de lana y los piqueros, no hubieran podido usar un lenguaje más enérgico y más claro. No era la Constitución la que estaba amenazada en sus principios fundamentales, era el poder del populacho y de sus jefes lo que corría peligro. Para escapar á ese inminente peligro, la Gironda se declaró por la guerra, es decir, por un mal mucho mayor, aún cuando más lejano. Ningún hombre de inteligencia podía disimular el que la revolución acabaría si las potencias se decidían á dar grandes golpes; pero los enemigos estaban aún lejos; un vasto campo se abría aún á las eventualidades, y si las potencias perdían aún algunos meses por consecuencia de sus habituales vacilaciones, la guerra sólo podía ser funesta para la corona de Francia.»



ISNARD



CAPITULO XIV

LA GUERRA

Si la paz estaba asegurada.—Entusiasmo por la guerra: Narbonne.—Política girondina.—Situación del partido republicano.—Sieyes republicano.—Declaraciones de Isnard.—El 14 de Enero de 1792: proposición de Gensonné: declárase de hecho la guerra.—Preparativos militares.—Exígesse una reparación para 1.º de Marzo.—Qué hacía en tanto el emperador Leopoldo.—La reacción religiosa en provincias: los marseleses.—Barbaroux en París.—Expedición de los marseleses á Arles.—Desarme de un regimiento suizo: situación de los ministros franceses.—Composición interior del gobierno.—Conspiración del gobierno: plan de Barnave y Lameth.—Trámase á espaldas de Narbonne.—Plan de Lafayette.—Opónese María Antonieta al plan de Lafayette y Narbonne.—Resentimiento de Lafayette: se une á los girondinos.—Atacan los girondinos al gobierno.—Errado juicio de Sybel.—Narbonne entabla la acción diplomática: Biron y Tayllerand.—Manda la reina sus embajadores.—Ambiguas contestaciones de Inglaterra.—Pitt partidario de la no intervención.—Doblez de la reina.—Cómo burlaba los proyectos de Duport, Barnave y Lameth.—Dirígense estos al emperador.—Los desautoriza la reina.—Quiere ésta que el emperador obre directamente.—Resultado del complot real.—Tratado de alianza entre Austria y Prusia de 7 de Febrero de 1792.—Envían una nota al gobierno francés.—Comunicase á la Asamblea.—Fracasa el plan del ministerio.—Declara la Asamblea que quiere contestarla por sí.—Decídese la corte á destituir á Narbonne para dar el golpe de Estado.—Molleville promueve la crisis.—Descubre Narbonne la intención y se niega á dar su dimisión.—Manda para que le apoyen por los tres generales.—Declara el 6 de Marzo en su nombre á la Asamblea que nunca consentirán la intervención de los extranjeros.—Actitud provocativa de los tres generales.—Indignación del rey.—Destituye á Narbonne: 9 de Marzo de 1792.—Enérgica actitud de los feullants.—Brisot sostenido por Vergniaud piden que se declare en estado de acusación á Delessart.—La corte se declara vencida.—Muerte del emperador Leopoldo: 1.º de Marzo.—Triunfo de los girondinos: ministerio girondino.—Dumouriez, Roland y Claviere ministros.—Dumouriez hace traición á sus colegas.—Sus inteligencias con la reina.—Dumouriez quiere la guerra.—Complacencias de la corte con los nuevos ministros.—Recelos de la señora de Roland.—La reina trasmite los secretos del gobierno y los planes militares al rey de Austria y al conde Mercy gobernador de Bélgica.—Suscita el nuevo rey de Austria Francisco II la cuestión de los señores de Alsacia.—Sus amenazas.—Dumouriez prepara la guerra.—Declaración solemne de guerra: 20 de Abril de 1792.—Abrese la campaña.—Exito desgraciado en todas partes.—Asesinato del general francés Dillon por sus tropas amotinadas.—Si hubo traición.—Montmorin revela á los austriacos los movimientos de Lafayette para que le den un buen golpe.—El gobierno oculto.—Retírase el ministro de la guerra á consecuencia de los descalabros sufridos por el gobierno.—Denuncia Carra como instrumento de la reacción á Montmorin y Delessart.—Servan ministro de la guerra.—Únese con Roland y Claviere.—Apresura la Asamblea la guerra: ¿por qué?—Renuévase la persecución del clero refractario.—Licénciase la guardia real.—Declárase procesado á su comandante.—Procura la corte mantener á sus órdenes mediante el pago de los sueldos, el cuerpo de guardias.—Proyecta Servan constituir un ejército para seguridad del gobierno.—Su plan.—El 14 de Julio de 1792.—Opónense los feullants á Servan.—Robespierre se opone también á que los federados vayan aquel año á París.—Reconoce el rey su sanción: 1.º de Junio.—Nueva entrada de las tropas francesas en Bélgica.—Luckner tiene que retroceder por no apoyarle Lafayette.—Decide la de Roland á los ministros republicanos á romper con el rey.—Atacan los ministros á Dumouriez: irritación de éste.—Piden la destitución de Dumouriez.—Carta al rey de los ministros: la de Roland.—Exasperación de los reyes.—Dumouriez se decide á dar el golpe de Estado: Dumouriez y la reina.—Pacto entre Dumouriez y los reyes.—Caída de los girondinos.—Asombro de la Asamblea.—La Asamblea recibe mal á Dumouriez.—Resuelve éste conquistar la Asamblea con medidas liberales.—Cómo fué burlado por los reyes.—Dimisión y retirada de Dumouriez: el 15 de Junio.—Recobra Dumouriez con este acto su prestigio.

HABÍASE evitado la guerra cuando los fusiles parecía que ya se habían cargado para la primera batalla, ¿pero la paz estaba asegurada?

Narbonne había marchado á la frontera cuando la guerra parecía inminente, y á su regreso, el día 11 de Enero de 1792 hizo una tan entusiasta descripción del estado del ejército y entusiasmo por

la guerra, que todos hubieron de lamentar que no se hubiera empezado, pues tanto ardimiento parecía premio seguro de la victoria. Narbonne empero había exagerado. ¿A qué fin? Nosotros creemos que por haberse apoderado de él el general entusiasmo. Nosotros que hemos visto á un hombre de paz y de genio encargado de pacificar un movimiento revolucionario armado, ponerse á la cabeza de los hombres de acción fascinado por su entusiasmo, creemos que á Narbonne le pasó otro tanto, que todo lo vió de color de rosa en medio de aquel valeroso empuje hacia la frontera que defendía á los enemigos de la libertad y de Francia.

Lejos de nosotros el pretender que la Asamblea ó los girondinos se dejaran llevar de ese entusiasmo al continuar la campaña que había de producir por último esta guerra que tantas sorpresas reservaba al mundo civilizado, no; nosotros creemos que los girondinos creyeron poder continuar su triunfo, es decir, aprovecharse de la victoria alcanzada para aniquilar la última esperanza de los emigrados. Nótese que aún cuando fué el girondino Gensonné quien redactó la proposición del 14 de Enero, fué la comisión diplomática de la Asamblea la que hablaba por su nombre, y dicha comisión distaba mucho de ser republicana ni girondina, dos nombres que ya parecían sinónimos, pero antes de continuar precisemos bien para no confundirnos, cual era la fuerza del partido republicano.

Eran á la sazón republicanos francos y decididos la casi totalidad de los hombres públicos de primera fila. Sieyès mismo se había declarado republicano, y aún así y todo los republicanos eran una minoría. Esto no era un secreto y de aquí que la corte pretendiera servirse de ellos contra los constitucionales, y este estado de debilidad anterior del partido que empujaba resueltamente á la guerra, es el mismo Isnard quien lo hace público el día 5 de Enero, cuando pretende explicar las causas que movían á los girondinos á desear la guerra. «No, decía en dicho día, no se trata para nosotros, ni de la restauración del antiguo régimen ni del establecimiento de la república, pues los partidarios de esta restauración reconocen ellos mismos la imposibilidad, y los republicanos son tan pocos que aún no constituyen un partido. Però enfrente de los patriotas ardientes, de los verdaderos amigos de la libertad y de la igualdad, se levanta la masa de los moderados, quienes sin duda, aman la Constitución, pero que le prefieren su bienestar. El temor de la anarquía los aleja de los verdaderos patriotas y los arroja en brazos de los falsos moderados, los más

peligrosos de todos, de los ricos, de los egoístas, de los enemigos de la igualdad. Es, pues, por la salvación ó la ruína de la igualdad por la que combatimos.» Sí, pues, damos á las palabras de Isnard toda la importancia que sin duda se merecen, hemos de creer que la Gironda quería defender con la guerra la revolución. ¿Pero qué había de suceder al primer fracaso?

Lo más lógico es suponer que los hombres públicos de la época no veían en la guerra más que la ocasión de prevenir la guerra civil, pues esta amenazaba por todos lados, y la presencia de los emigrados armados en la frontera la hacían casi inevitable. Mas, si al fin se había conseguido que el imperio alemán diera satisfacción á la revolución con la que ni siquiera quería relaciones, ¿no había ahora de ser posible obtener por la fuerza de las circunstancias el reconocimiento de la revolución?

En este orden de ideas se inspiró la comisión diplomática, sin duda, cuando el 14 propuso Gensonné en su nombre que se suplicase al rey que en su nombre obligara al emperador á no hacer cosa alguna contra Francia y su Constitución, confesando su derecho á gobernarse como mejor le pareciera. Pero que si el emperador no diera una respuesta satisfactoria, se considerase su negativa como un acto de hostilidad. Guadet, otro girondino, presidente á la sazón de la Cámara, abandonó tan pronto se hubo dado lectura de dicha proposición la presidencia para apoyarla en un breve y acalorado discurso, aprobándola la Cámara á los gritos de «libertad ó la muerte.» El rey dió su sanción.

Todos los espíritus prácticos comprendieron que la guerra se había declarado de hecho, y por esto en las sesiones sucesivas Brissot, Vergniaud é Isnard rogaron una y otra vez á la Asamblea que no esperase la contestación del emperador y se dispusiera todo para dar un golpe, pues lo que quieren los enemigos de Francia, decían, es desunirnos y dividirnos. Así se procedió desde luego al alistamiento de voluntarios, á reforzar los cuadros de los batallones y claro está que desde el momento que el ejército iba á marchar contra los emigrados se habían de secuestrar los bienes de estos, que sobre quitarle á la contrarrevolución sus fondos se los aumentaba al partido liberal. La resolución definitiva fué que si para 1.º de Marzo (1792) no se daban á Francia las seguridades pedidas, se comenzaría desde luego las hostilidades. ¿Qué hacía en tanto el emperador? Enviaba un pequeño refuerzo de 6.000 hombres por la parte de Brisgau que amenaza Luckner y continuaba sus gestiones para una acción común, bajo la

base «de no ingerirse en modo alguno en los asuntos interiores de Francia, salvo en el caso de que la seguridad del rey y de su familia se viera comprometida,» así se había de romper abiertamente con los emigrados y procurar de una manera legal la reforma de la Constitución en sentido monárquico. Es decir, el emperador continuaba no queriendo la guerra, cuando en Francia se invocaba ya como una necesidad por la mayoría. La minoría, sin embargo, continuaba trabajando á más no poder para impedirla.

No queremos decir que la minoría fuera causa de la exasperación que se notaba en provincias y de los choques sangrientos que en ella ocurrían, aún cuando los girondinos la acusaban de fomentar la guerra civil para impedir la guerra contra el extranjero. En efecto, en el Aisne, diez y ocho parroquias habían expulsado á los curas constitucionales, y no cedían sino ante fuertes destacamentos de fuerzas regulares. En la Dordoña y en los Altos Pirineos, todas las elecciones se hacían por la influencia del clero ortodoxo. En fin, en la Lozère, Castellane el obispo depuesto, ganó por la montaña su castillo de Chenac, los fieles se agruparon á su alrededor, fortificaron el castillo y le dieron una numerosa guarnición. Esto fué la señal de las sublevaciones de Mendé y de Jales, y Arles y Aviñon se mostraban cada día más resueltas á resistir... Era contra esas provincias á lo que había ido el abogado marselesés Barbaroux á París, y contra las que la municipalidad de Marsella preparaba un ejército. Los jefes marseleses irritados al ver que la Asamblea no tomaba acuerdo alguno, decidieron pasarse de ella. En Aix, en el camino de Arles, se encontraba un regimiento suizo que sabían era hostil á sus ideas, por haber estado ese regimiento de guarnición en Marsella. Temiendo, pues, verse inquietados por esas tropas, salieron los marseleses de expedición contra Arles, dirigiéndose primero á Aix en número de 4.000 hombres con 6 cañones.» La expedición terminó felizmente pues los suizos depusieron las armas. Cuando estos hechos eran posibles, cuando con tanta facilidad se movían miles de hombres dispuestos á sacrificarse por su idea, esta idea no podía morir, y su desenvolvimiento dependía sólo de aquel ó de aquellos que supieran aunar todas las fuerzas y dirigir las á la consecución de un solo fin.

Pero se dirá, ¿no había en Francia ministros? ¿no había, pues, un gobierno? Ciertamente sí: pero no podían disponer de las tropas sin aviso de la Asamblea, y para ésta no había bastantes tropas en toda Francia para marchar á la frontera. Sin embargo,

el gobierno hubiera podido ciertamente hacer más de lo que hizo, y había razón al culpársele de perezoso, pero esta pereza obedecía á otras causas que á falta de medios de gobierno. Este se componía de elementos antitéticos. Al lado del republicano Cahier de Gerville, estaba Beltrán de Molleville, realista y el único de todos los ministros bien querido en la corte, aún cuando no por esto la dirigía. Narbonne ocupaba en el ministerio el puesto que ya sabemos, y en fin, allí estaban Delessart y Tarbe, amigos de Barnave y Lameth cuya política hacían en el seno del gobierno. Ahora bien, este gobierno en vez de mandar conspiraba. El plan de la conspiración era el siguiente, propuesto por Barnave y Lameth. Desacreditar la Asamblea á la que ya llamaban incapaz é ignorante y hacer que el país por medio de hábiles emisarios pidiera su disolución, que esperaban obtener de la misma Asamblea, á cuyo fin se trabajaría desde luego la parte sana de la misma. El rey, á quien se habría procurado ya en aquel entonces un asilo, regresaría á una de las plazas más fuertes del reino, convocaría por sí una Asamblea de notables cuyos miembros él mismo designaría, y allí, se redactaría una nueva Constitución fundada en las dos Cámaras. Este plan después de algunas dudas y vacilaciones acabó por obtener la unanimidad, pues ya se comprende que este plan se maquinó á expensas de Narbonne, cuya destitución se iba ya preparando, pues nunca creyeron que el amigo de Lafayette se presentase á dar un golpe de Estado que Cahier de Gerville y Dupont de Tertre habían durante algunos días tanto repugnado, pero Lafayette tenía también su plan, y éste habíalo tramado la hija de Necker con Narbonne, y consistía en que el rey se refugiase en el campamento de Lafayette, de donde saldría para reconquistar su autoridad libre de rey constitucional. La corte y en particular la reina, eran opuestas á este plan, y como se tuvo que desahuciar al general, éste resolvió vengarse y se unió decididamente á los girondinos. Ahora bien, cuando todo esto es indiscutible, cuando vemos á los girondinos acusar la actitud de los ministros, ¿podemos suponer que sus acusaciones no tuvieran por fundamento los manejos del gobierno y los de la corte? ¿Cómo tacharles, como lo hace Sybel, de desleales contra el gobierno, á quien acusaban de no hacer nada, cuando por bajo mano le quitaban todo medio de acción, si los girondinos no podían estar ignorantes de lo que se preparaba contra la revolución?

Ahora bien, cuando todo el mundo conspiraba, ¿no conspiraba esta vez la corte?